

Cardenal Ángel F. Artíme, Pro-Prefecto del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica

Homilía – Sábado de la XXVII semana del Tiempo Ordinario

Joel 4,12-21 – Lucas 11,27-28

En el contexto del Jubileo de la Vida Consagrada y de la memoria de San Juan XXIII, Papa

1. «Echad la hoz, pues la mies está madura» (Joel 4,13)

Queridos hermanos y hermanas, queridos consagrados y consagradas:

El profeta Joel nos ofrece hoy una imagen poderosa: la de **la siega** y el **juicio de Dios**. Es un lenguaje fuerte, apocalíptico, pero no destinado a asustar, sino más bien a despertar. Dios convoca a los pueblos en el valle de Josafat, el «valle del juicio», para discernir el bien del mal, la fidelidad de la infidelidad, la verdad de la falsedad.

En el corazón de este anuncio, Joel nos recuerda que **Dios no permanece indiferente**: Él interviene en la historia, defiende a su pueblo y hace brotar la justicia. «El Señor ruge en Sión... Pero el Señor es abrigo para su pueblo» (Joel 4,16).

Para nosotros, consagrados y consagradas, esta Palabra es una llamada a **velar y a renovar la esperanza**. El mundo vive tiempos de confusión, de injusticia, de cansancio espiritual. Sin embargo, Dios nunca abandona a ninguno de sus hijos e hijas.

El profeta anuncia que «*brotará una fuente de la casa del Señor*» (v. 18): es la imagen de la gracia, del Espíritu que renueva la tierra y los corazones. Este debe ser el tiempo del *Jubileo de la Vida Consagrada*: un tiempo de regeneración, en el que el Señor nos invita a dejar que la fuente del Espíritu renueve nuestras vocaciones, nuestros carismas, nuestra misión.

2. «Bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen» (Lc 11,28)

Y en el Evangelio, Jesús responde a la voz de una mujer que lo alaba por su madre. Pero Jesús amplía su mirada y dice: *la verdadera bienaventuranza no está solo en tener un vínculo con Él, sino en escuchar y poner en práctica la Palabra de Dios*, la Palabra del Padre.

Es la **bienaventuranza de la fe obediente**: la que María vivió en plenitud.

María es bienaventurada porque creyó, escuchó y custodió la Palabra. Y esto también es el corazón de la vida consagrada: **escuchar y custodiar**.

No se trata de hacer muchas cosas, sino de vivir escuchando al Señor, para que cada gesto, cada elección, cada servicio nazca del encuentro con la Palabra.

Cuando la vida consagrada pierde esta escucha, se vuelve estéril, pero cuando se arraiga en la Palabra de Dios, se vuelve fecunda y profética.

El Jubileo que estamos viviendo como consagrados es un tiempo en el que el Señor nos dice: «*Quiero hacer brotar aguas nuevas en tu desierto*». Es un tiempo de **memoria**, para recordar el primer sí; de **renovación**, para reencontrar la alegría del seguimiento; y de **esperanza**, para mirar al futuro con confianza, incluso en la fragilidad.

La profecía de Joel se cumple en nuestra vida, ya que estamos llamados a ser **signos del Dios fiel**, a mostrar que la historia no va hacia la ruina, sino hacia la plenitud de su amor. En nuestras comunidades, en la oración, en los servicios ocultos, en el silencio humilde, debemos ser como esas fuentes que Joel ve brotar de Jerusalén: fuentes que dan vida y esperanza.

Y hoy, en la memoria litúrgica de **San Juan XXIII**, día de la apertura del Concilio Vaticano II, en aquel 11 de octubre de 1962, contemplamos a un pastor que encarnó de manera maravillosa el espíritu del Evangelio, un pastor que fue **testigo de la bondad y la profecía evangélica**, un hombre *de fe sencilla y profunda, de escucha del Espíritu y de gran libertad interior*.

En su corazón ardía el deseo de una Iglesia más cercana al Evangelio y a la humanidad. Con confianza, abrió las ventanas de la Iglesia para que entrara aire nuevo: no para romperla, sino para *renovarla en la fidelidad*.

A nosotros, consagrados y consagradas, San Juan XXIII nos enseña tres cosas preciosas, siempre y especialmente en este día gozoso para nosotros:

- o **Escuchar al Espíritu** con sencillez y valentía, como María.
- o **Custodiar la bondad** como lenguaje universal del amor de Dios.
- o **Y permanecer libres y obedientes**, confiando en que el Señor guía la historia de la Iglesia y nuestra vida, incluso cuando parece que caminamos en medio de incertidumbres.

En su sonrisa evangélica vemos esa misma paz que profetiza Joel y que Jesús, el Señor, promete a quienes escuchan la Palabra.

Concluyo, queridos hermanos y hermanas, consagrados y consagradas, recordándonos que hoy, de manera especial, el Señor nos invita a ser **profetas de esperanza** en un valle de juicio y, a veces, de oscuridad. Nos invita también a ser **portadores de agua viva** en un mundo sediento, y **testigos de bondad y libertad** en una Iglesia que es peregrina, imperfecta porque sus miembros no somos perfectos, pero una Iglesia que camina y peregrina con toda la humanidad.

Que el Señor, que hace brotar los manantiales de Sión, renueve nuestra vocación y nos haga signos de su ternura.

Y con la intercesión de **María, nuestra Madre, Mujer de la escucha**, y de **San Juan XXIII**, podamos vivir la gracia de este Jubileo como un nuevo comienzo: con libertad en el corazón, con la Palabra de Dios en los labios y con la sonrisa de la esperanza en el rostro. **AMÉN.**